



LA EDAD DE ORO

9.—La aventura de Arión.

La cosa suele contarse así: Arión, habiendo vivido mucho tiempo en la corte al servicio de Periandro⁽¹⁾, quiso hacer un viaje a Italia y a Sicilia, como efectivamente lo ejecutó por mar; y después de haber juntado allí grandes riquezas, determinó volverse a Corinto. Debiendo embarcarse en Tarento, fletó un barco corintio, porque de nadie se fiaba tanto como de los hombres de aquella nación. Pero los marineros, estando en alta mar, formaron el designio de echarle al agua, con el fin de apoderarse de sus tesoros. Arión entiende la trama, y les pide que se contenten con su fortuna, la cual les cederá muy gustoso con tal de que no le quiten la vida. Los marineros, sordos a sus ruegos, solamente le dieron a escoger entre matarse con sus propias manos, y así lograría ser sepultado después en tierra, o arrojarse inmediatamente al mar. Viéndose Arión reducido a tan estrecho apuro, pidiéndoles por favor le permitieran ataviarse con sus mejores vestidos, y entonar antes de morir una canción sobre la cubierta de la nave, dándoles palabra de matarse por su misma mano luego de haberla concluido. Convinieron en ello los corintios, deseosos de disfrutar un buen rato oyendo cantar al músico más afamado de su tiempo; y con este fin dejaron toda la popa y se vinieron a oírle en medio del barco. Entonces el astuto Arión, adornado maravillosamente y puesto el pie sobre la cubierta, con la cítara en la mano, cantó una composición melodiosa, llamada el *Nomo orthio*, y habiéndola concluido, se arrojó de repente al mar. Los marineros, dueños de sus despojos, continuaron su navegación a Corinto, mientras un delfín (según nos cuentan) tomó sobre sus espaldas al célebre cantor y lo condujo salvo a Ténaro. Apenas puso Arión en tierra los pies, se fué en derecha a Corinto vestido con el mismo traje, y refirió lo que acababa de suceder.

Periandro, que no daba entero crédito al cuento de Arión, aseguró su persona y le tuvo custodiado hasta la llegada de los marineros. Luego que ésta se verificó, los hizo comparecer delante de sí, y les preguntó si sabrían darle alguna noticia de Arión. Ellos respondieron que se hallaba perfectamente en Italia, y que le habían dejado sano y bueno en Tarento. Al decir esto, de repente comparece a su vista Arión, con los mismos adornos con que se había precipitado en el mar; de lo que, aturcidos ellos, no acertaron a negar el hecho y quedó demostrada su maldad. Esto es lo que refieren los corintios y lesbios; y en Ténaro se ve una estatua de bronce, no muy grande, en la cual es representado Arión bajo la figura de un hombre montado en un delfín.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros
de la Historia).

(1) Señor de Corinto.

10.—Agua de riego

Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!

Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido:
verdura y claridad, en su esperanza,
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cunas.

Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endeblés tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

ERNESTO A. GUZMÁN.

(Los Poemas de la Serenidad).

11.—Clemencia del Mariscal Sucre

Meses después fué aprehendido en el palacio presidencial de Chuquisaca en altas horas de la noche, y cerca de la puerta del dormitorio del mariscal, el comandante Valentín Morales Matos, armado de un puñal; interrogado por los edecanes de guardia, confesó que se había propuesto matar al general Sucre por haberle despachado desfavorablemente una solicitud introducida en el Ministerio de la Guerra. Sometido al día siguiente a un Consejo de Guerra, presidido por el general Lanza, se le condenó a muerte. Arrójase la madre del reo a los pies de Sucre, pidiéndole el perdón de su hijo, y haciéndole saber que era un mozo violento de carácter, capaz de un crimen en un arrebato de cólera, pero capaz